

## CALEIDOSCOPIOS DEL SABER. EL DESO DE VARIEDAD EN LAS LETRAS LATINOAMERICANAS DEL SIGLO XIX

Víctor Goldgel Carballo  
University of Wisconsin-Madison  
victorgoldgel@gmail.com

La variedad de los periódicos latinoamericanos del siglo XIX supo alguna vez suscitar un deseo de orden. En su libro *Las revistas literarias de Hispanoamérica*, por ejemplo, Boyd Carter proponía en 1959 la siguiente clasificación:

revistas exclusivamente literarias; revistas de distintas materias, incluso secciones literarias; revistas auspiciadas por ministros de gobierno (generalmente el ministerio de educación o instrucción pública), universidades, institutos de enseñanza, etc.; revistas, boletines y anales de academias, ateneos, bibliotecas, universidades, etc.; revistas culturales; suplementos culturales de los grandes diarios; números de revistas dedicados a eminentes escritores o movimientos literarios; la prensa diaria –secciones culturales, artísticas y literarias (1959:26-27).

Carter pone sin duda algo de orden; lo hace, sin embargo, al precio de recordarnos otra clasificación: la de esa enciclopedia china sobre la que había escrito poco antes Jorge Luis Borges en “El idioma analítico de John Wilkins”, según la cual “los animales se dividen en (a) pertenecientes al

Este artículo se desvía de los paradigmas de la identidad a través de los cuales se suele abordar el período para enfocarse en lo heterogéneo como principio constructivo de los periódicos latinoamericanos del siglo XIX. Partiendo de un análisis de algunos de sus elementos “menores”, como la sección Variedades, y redefiniendo conceptos de uso frecuente como el de “revista”, propone considerar el conjunto general de las publicaciones periódicas de la época a la luz del creciente deseo de variedad manifestado por el público. En tanto que “caleidoscopios del saber”, los periódicos se esforzaban tanto por representar la heterogeneidad creciente de las letras como por divertir a sus lectores, sugiriendo así que la frivolidad ocupó un lugar de importancia en el

Recibido: 12 de noviembre 2010  
Aceptado: 11 de enero de 2011

Emperador, (b)embalsamados, (c)amaestrados, (d)lechones, (e)sirenas, (f)fabulosos [...]”(1974:708). Cabría preguntar, por ejemplo, si una categoría como “números de revistas dedicados a eminentes escritores” no debería haber sido en realidad presentada como subcategoría de alguna otra (por ejemplo, “revistas culturales”), sobre todo cuando se considera que Carter no le tenía miedo a las ramificaciones (el fragmento recién citado forma parte de la subsección 1 de la sección C del capítulo I de la Parte I de su libro). El edificio clasificatorio de Carter pelagra, además, por una falla en sus cimientos: al mismo tiempo que titula su estudio *Las revistas literarias*, a lo largo del mismo utiliza los términos “revista” y “periódico” de manera intercambiable, dejando ver que no los considera idénticos, pero sin señalar sus diferencias. En cierto momento, percibiendo esta inestabilidad terminológica, arriesga una nueva categoría: “revista-periódico” (20).

El ocaso de la filología, el auge del posestructuralismo y la propagación de los estudios culturales han hecho de los afanes taxonómicos algo cada vez más infrecuente, dejando así en la oscuridad el desafío que la variedad de publicaciones le planteaba a Carter. Porque, en efecto, el investigador que se acerca al archivo movido por un interés en *lo animal* o en los textos de un cierto grupo subalterno desconoce o rechaza esa inclinación por abarcar la totalidad de las publicaciones periódicas que solía en cambio caracterizar a los académicos de la literatura hasta épocas recientes. Y, curiosamente, junto a dicha inclinación ha mermado la ansiedad que la heterogeneidad de las publicaciones de la ciudad letrada solía provocar en

proyecto racionalizador de la ciudad letrada.

*Palabras clave:* periódicos, heterogeneidad, variedades, frivolidad, Ilustración.

*Kaleidoscopes of Knowledge: The Desire for Variety in 19th-Century Latin American Letters*

In this article, diverting from the identity paradigms through which this period is often addressed), I focus on the heterogeneous as a constructive principle of 19th-century Latin American periodicals. Beginning with an analysis of “minor” aspects of periodicals such as the Miscellany section, and redefining commonly used concepts such as “magazine,” I claim that the growing desire for variety manifested by the public can contribute to a more insightful analysis of this corpus. As “kaleidoscopes of knowledge,” periodicals manifested an effort both to represent the growing heterogeneity of letters and to amuse their readers, suggesting that frivolity played an important role in

aquellos, reflejo a su vez de la heterogeneidad discursiva propia de la prensa periódica del siglo XIX. En las páginas que siguen, propongo volver a este corpus, con la intención no de ordenarlo sino de indagar acerca de la productividad que este carácter heterogéneo pudo tener durante la época.

Tal vez sea necesario aclarar que no voy a valerme aquí de conceptos como los de heterogeneidad cultural (Antonio Cornejo Polar), transculturación (Ángel Rama) o hibridez (Néstor García Canclini)<sup>1</sup>. Esto no se debe a que la población letrada que redactaba y consumía periódicos fuera un grupo socialmente homogéneo –análisis como el de Juan Poblete en su *Literatura chilena del siglo XIX* han demostrado cómo el desarrollo de la prensa periódica se vio acompañado de una creciente variedad de públicos lectores–, sino a que, aun cuando esta diversidad fuese muy moderada de acuerdo con nuestros criterios actuales, un análisis en profundidad de la misma exigiría embarcarnos en una reconstrucción de los diferentes grupos sociales y sus respectivas *identidades*. Por cuestiones metodológicas, prefiero evitar aquí, en la medida de lo razonable, ese paradigma de la identidad (identidad de clase, de raza, de género, de nación, etc.) que subyace por lo general al estudio de la prensa periódica del siglo XIX –por ejemplo, en aquellos análisis que tienen como horizonte la construcción de las literaturas nacionales o de las esferas públicas<sup>2</sup>–. Por lo mismo que resultan fundamentales, estos análisis invisibilizan ciertas zonas de la producción letrada del período a las que voy a prestar atención en este breve estudio. En particular, vuelven ilegibles todas aquellas formas textuales que, signadas por la frivolidad,

the rationalizing project of  
the lettered city.

*Key words:* Periodicals,  
Heterogeneity, Miscellany,  
Frivolity, Enlightenment.

sólo servían para divertirse –y en ese sentido pasan por alto la paradoja según la cual los textos “frívolos” y la lectura por diversión pudieron adquirir una legitimidad sin precedentes en los mismos periódicos que sirvieron de instrumento para la formación de los estados y las literaturas nacionales–.

En todo caso, aunque mi objetivo diste de ser el de vincular a determinados grupos sociales con determinado tipo de publicaciones, es necesario admitir que el sistema de desigualdades políticas en el que estos grupos estaban inmersos ha servido y puede servir como modelo para pensar el problema de lo heterogéneo en el universo literario. Esto se debe a que, como el de “pueblo”, el concepto de “literatura” postulaba en teoría una amplitud que en la práctica debía ser continuamente recortada. Sobre todo a partir del período revolucionario, pero también antes de él, la prensa periódica desestabilizó la república de las letras e hizo que cierto tipo de autores y ciertas formas de escritura y de lectura pasaran a ocupar lugares que antes no les correspondían y, por lo tanto, a despertar la alarma de lo heterogéneo. Como señalara Jean Franco, refiriéndose al contexto mexicano: “Un periódico como el *Diario de México* yuxtaponía ‘diferentes conversaciones’ y ‘diversas materias’ y así producía una subversiva y silenciosa revolución en las relaciones verticales del virreinato [...] Sin llegar a ser un género democrático (dado que no podía llegar a los iletrados) el periódico de principios del siglo XIX abrió las puertas de la escritura a los no profesionales” (1983:4). Si bien ya existían medios orales, manuscritos y hasta impresos para la expresión de voces “diferentes”, el hecho de que éstas empezaran a compartir el espacio de la página con las voces *comme il faut*, o a aparecer en periódicos de calidad tipográfica, legalidad y precio semejantes a las publicaciones más serias, generó necesariamente malestar en los círculos letrados.

Por un lado, nos adentramos así en el problema de la opinión pública, cuyo surgimiento es indisociable de las transformaciones que sufre la cultura impresa durante el período<sup>3</sup>. En este sentido, en su análisis de la *Gaceta de Caracas* (1808-1822), Christopher Conway observó que el hecho de que el periódico incluyera discursos antagónicos tuvo como efecto el poner en crisis “la autoridad unívoca de la palabra impresa” (2006:89). La presencia del género epistolar en un periódico como la *Gaceta*, por ejemplo, demuestra según Conway que la letra no puede reducirse a un instrumento oficial de control social, en la medida en que “la letra se vuelve arma contra la letra del otro”,

negándole así al lenguaje su condición de "sistema de signos fidedignos" (77). En términos más generales, puede afirmarse que la creciente variedad de opiniones trajo necesariamente consigo esa inestabilidad discursiva y constante polémica con la que se suele asociar a la opinión pública. Volviendo a la expresión de Franco, los periódicos introdujeron en la ciudad letrada una "heterogeneidad peligrosa"<sup>4</sup>.

Por otro lado, sin embargo, el universo periodístico estaba lejos de ser sólo un campo de batalla para diferentes posiciones ideológicas. De hecho, si bien no lo hace del todo explícito, la misma Franco deja entrever que la heterogeneidad de autores y lectores estaba también relacionada con una variedad de textos que no parecían plantear peligro político alguno, una variedad más ligada a la autoridad intransmisible del gusto que a la argumentable de la razón. En su artículo, Franco cita en ese sentido a uno de los periodistas mexicanos más notables del siglo XIX, José Joaquín Fernández de Lizardi, quien en 1815 describe así el problema en una de sus publicaciones: "no siendo susceptible esta clase de periódicos a un solo asunto serio y detenido, es forzoso contenga diversas piezas pequeñas que para unos serán frioleras y para otros alhajas de gusto" (1983:4). ¿Cómo conceptualizar esta diversidad de piezas menores, percibidas como triviales por algunos y por otros como joyas?

En principio, me gustaría recordar que los periódicos contaban con frecuencia con una sección donde, al percibirse como menos peligrosa, la heterogeneidad tuvo un desarrollo temprano y fecundo. Este recinto en el que los objetos más radicalmente diversos convivían pacíficamente unos junto a los otros debía por supuesto estar alejado de las tensiones de posición social, clase, raza y género características de los artículos "serios" dedicados a la política, la educación o el comercio, a los que solemos recurrir en nuestras reconstrucciones del período. Se trataba, además, de un espacio marcado por el signo de lo estético, pero que por supuesto no era equiparable a la literatura —una práctica que, como se sabe, conservaba aún una fuerte carga moral y política—. Este espacio a todas luces menor, pero que fue cobrando más y más peso con el correr de las décadas, era la sección Variedades<sup>5</sup>.

Dije recién que la sección era menor; quizás no sería exagerado sugerir que estaba al borde de la nada. En ese sentido, *El Mensajero Argentino* se refiere en 1826 a ese espacio que, a la hora de cerrar la edición del periódico, siempre sobra o falta: "todo, en fin, es duda y ansiedad; y el dejar algunos blancos en

el papel es el peor, aunque el más fácil de los recursos, porque entonces se retiran los señores suscriptores” (Nro. 46, 6-6-26). Si según el *topos* literario la hoja en blanco amenaza al escritor al comienzo de su trabajo, los “blancos en el papel” se ciernen peligrosamente sobre el periodista cuando éste cree su tarea concluida: ya escribió todo, y sin embargo tiene que seguir redactando. De este modo, según explica *El Mensajero Argentino*, nace la sección Variedades:

Así por precaver en lo posible estos inconvenientes, como por complacer a algunos lectores que no quieren se les abisme del todo en la política, se ha inventado el artículo denominado *variedades*, especie de mosaico en que se retacean párrafos de todas dimensiones [...] cosillas, que no serán de la importancia de la batalla de Waterloo, por ejemplo, pero que quizá puedan ser de algún provecho (Nro. 46, 6-6-26, 4).

No estamos aquí, por supuesto, ante un análisis histórico de la sección, sino ante un mito de origen que condensa varios de los elementos fundamentales de la misma (su heterogeneidad, su trivialidad, su capacidad de divertir). Ese espacio en blanco y esa manera de llenarlo, de hecho, no eran nuevos en 1826, y hasta podría afirmarse que habían nacido con la prensa. En Buenos Aires, por ejemplo, ya en 1801 el redactor de *El Telégrafo Mercantil* dice contar con “un caudal de memorias eruditas y curiosas que llenarán los huecos que dejen las noticias, y cuya variedad, como en un Jardín las flores, recreará al paso que también instruya” (Nro. 15, 20-5-01, 116). Con el correr de las décadas, sin embargo, ese espacio en blanco que se produce cuando los textos largos no cubren bien la superficie de la página, ese blanco que surge como falta, como silencio, se verá cada vez más identificado con el lenguaje y el tono *periodísticos*. En ese sentido, el relato mitológico que articula *El Mensajero Argentino* no ilumina tan sólo el origen de la sección Variedades, sino también el de la heterogeneidad constitutiva del periódico.

¿Cuáles eran las características de la sección Variedades? En principio, solía contener breves notas sobre inventos, descubrimientos y tecnología, así como también noticias curiosas, coloridas o afines a lo que luego se conocería como amarillismo. El nombre “miscelánea” era, de hecho, prácticamente un sinónimo, pero no reflejaba tan bien el claro vínculo entre la sección y el esfuerzo de los escritores por “dar variedad” a sus publicaciones. En ese sentido, los

textos que conformaban las “Variedades” no eran sólo los que no tenían que ver con el objeto principal del periódico (ya fuera éste científico, comercial, político, etc.) sino también los que se referían a todo aquello que estaba por fuera de la vida cotidiana de los lectores. Si bien tanto “variedades” como “miscelánea” aluden a una mezcla de elementos, la razón de ser de la sección tal vez no fuera tanto la de agrupar textos cuya heterogeneidad impedía ubicarlos en otra parte como la de brindarle espacio a textos cortos y coloridos. Y aunque son frecuentes los casos en que la sección está compuesta por un único artículo relativamente largo (que podía ser un texto de ficción, una noticia extraída de otro periódico, etc.), la poca variedad de estas Variedades es, justamente, un indicador de su popularidad: aun periodistas que redactaban en base a otras lógicas se valieron del nombre “Variedades” debido al atractivo que éste ejercía sobre ellos o sobre el público.

La sección Variedades expresaba en realidad una tendencia propia de la totalidad de los periódicos, pero el principio constructivo del mosaico para llenar los huecos y el “deseo de variedad” que los escritores le atribuyen constantemente a su público fueron sin duda mucho más visibles en ella. ¿Cómo explicar, si no, la proliferación de títulos como *El Mosaico*, *El Museo*, *El kaleidoscopio*, *Variedades*, *El Colibrí*? *El Mosaico*, publicado en Santiago en 1846, aclara en su primer número “que de todo tenemos intenciones de hablar, y que de todo podemos ocuparnos” (14-6-46). *El Mosaico Mexicano*, publicado a partir de 1837, tiene como subtítulo “Colección de amenidades curiosas é instructivas”. Impaciente hasta con la metáfora de su nombre, *El Colibrí*, publicado en La Habana entre 1847 y 1848, se define como “una especie de Mosaico literario” (T. I, 14-7-47, 4). El *Pica-flor* de Buenos Aires, por su parte, justifica los “estrechos límites marcados para cada artículo” recordando que su objetivo es el de “sostener la variedad” (Nro. 2, 11-1-55). Este tipo de publicaciones, que empiezan a multiplicarse en la década de 1840, se dejaban leer como una sucesión de variedades —en el caso del *Pica-flor*, por ejemplo, como una sucesión de “chascarrillos, anécdotas, sentencias, epigramas, charadas, jeroglíficos”, según promete ya en su subtítulo—.

En prospectos y demás metatextos del período, los escritores suelen presentar una explicación muy clara de la variedad que debía caracterizar ya no sólo a la sección sino a todo el periódico: dado que los lectores tienen diferentes intereses, nada más natural que publicar diferentes tipos de textos<sup>6</sup>. Sin

embargo, este razonamiento basado en la heterogeneidad del público debería ser complementado con otro que tiene al individuo como fundamento. Como sugerí antes, la importancia de las Variedades tal vez no sólo residiera en que los textos eran heterogéneos entre sí, sino en que eran heterogéneos con respecto a la vida de los lectores. En ese sentido, estos textos eran hasta cierto punto ajenos a los “intereses” de aquéllos; si se los leía, era justamente para distender los límites del propio interés –para renovarlo o, simplemente, para distraerse–.

La sección Variedades solía por lo tanto verse asociada a la diversión, la frivolidad o la ligereza, incluso cuando podía incluir temas “serios” –por valernos de un adjetivo de uso sintomáticamente generalizado en las publicaciones de la época–. Las Variedades podían referirse por ejemplo a las ensaladas de moda en Londres (*El Lucero*, Nro. 69, 27-11-29, 3), a un jabón que hacía caer la barba en cuatro minutos (*El Argos*, La Habana, Nro. 25, 30-12-20, 5) o a la vida en otros planetas: “ya no se duda que estas infinitas esferas están todas habitadas por seres que ha criado y conserva el Omnipotente” (*La Abeja Chilena*, Nro. 4, 5-7-25, 36). También era posible encontrar textos de perspectiva más local, aunque por lo general debían tener algún rasgo extraordinario: “El 14 del presente falleció en el partido de Colina Juan Asencio Arancibia de 116 años. Conservaba todo su pelo” (*La Aurora*, Nro. 4, 30-6-27, 3). Cabe argumentar que, en el contexto de esta mezcla, también los temas “serios” eran consumidos con ligereza. Así, en la sección Variedades de *El Mensajero Argentino* se podían encontrar breves notas acerca de los efectos de la revolución industrial cuyo valor probablemente era sólo el de complacer la curiosidad de los lectores: “Fábricas de franela en Rochdale. Cada semana se fabrican en esta ciudad, y en las aldeas vecinas, como 20,000 piezas de franela [...] la totalidad de franela que se fabrica en los diferentes puntos del globo no iguala la cantidad de la que se hace en Rochdale y sus cercanías” (Nro. 168, 3-2-27, 4)–. En suma, se trataba con frecuencia de novedades de color, dirigidas a un público que no buscaba textos de largo aliento, y que evidentemente no compraba el periódico debido a un interés particular por las ensaladas inglesas, la vida extraterrestre o la producción en masa de franelas.

“Vaciudades, digo variedades”, llega a titularla en Cuba *El Regañón* (Nro. 45, 6-9-31). El concepto mismo de “variedad”, ligado a la inconstancia o la mutabilidad, implicaba, según la edición de 1832 del *Diccionario de la Real*

*Academia*, una “distinción en el artificio o colorido de las cosas” –una mera cuestión de forma. Pero la sección Variedades se desarrolla en un contexto en el cual la frivolidad y la diversión eran, por así decirlo, cada vez más legítimas. De acuerdo con esta tendencia, en 1847 los redactores de *El Alegre* de Valparaíso no sienten vergüenza alguna al quitarse de encima el imperativo de lo útil que había obsesionado al siglo: “Muy advertida andaba ya por estos mundos la necesidad de una publicación periódica y hebdomadaria, (semanal pod[er]íamos decir, pero sería demasiado claro) que separándose de la clásica y común opinión de Horacio, dejara a un lado lo *útil* y se contrajese a lo *dulce*” (Nro. 1, 1847, s/f, 1). Esta dulzura plena no sólo se erguía por sobre las concepciones pragmáticas y utilitaristas: llegaba incluso a negar el *logos* que estaba en la base de la concepción letrada del mundo. Sus redactores afirman, en ese sentido: “Si se pudiera escribir con castañuelas, tal vez acertaríamos a poner al frente de *El Alegre* su verdadero preludio”. Y ante la pesadez del lenguaje verbal, el mejor camino es minimizarlo: “Escribamos, pues, con plumas y hagamos párrafos cortos” (1). El objetivo no era otro que divertir, y para eso era imprescindible una prosa fácil, agradable y colorida (este periódico, dicho sea de paso, es uno de los primeros con tapa a color de Hispanoamérica<sup>7</sup>).

Como señala Juan Poblete, a través de periódicos como *El Alegre* es posible observar el surgimiento de una nueva forma de lectura y de nuevos grupos de lectores, movidos menos por el afán de educarse que por el de divertirse: “frente a la seriedad del aprendizaje clásico, la liviandad de la lectura como una forma de ocio para evadir el tedio; frente, finalmente, a la unicidad de la voz y el estilo del gran autor clásico, la multiplicidad de lo heterogéneo y heteroglósico” (2003: 122-3). En este sentido, si a principios del siglo pocos periodistas osaban llevar a la luz sus publicaciones sin un epígrafe en latín, *El Alegre* no duda en presentarse a su público con uno en castellano que demuestra la aceptación que lo frívolo podía tener para grandes sectores del público: “Este mundo es un fandango, y el que no baila es un tonto”. No se trata de un caso aislado. Unos pocos años antes la revista cubana *Quitapesares* había proclamado a viva voz: “¡Todo es farsa en este mundo! (1845, s/f, 3). Y ya en 1838, también en La Habana, *La Mariposa* anuncia que habrá de volar “de flor en flor sin detenerse en ninguna, siempre festiva y juguetona” (En Llaverías, 1959: 68).

Este tipo de periódicos, que los historiadores de la prensa solían llamar *menores* o “semi-literarios” (Auza, 1999: 113; Spell, 1937: 272), empiezan a multiplicarse durante esos años. Están muy lejos de constituir la mayoría de las publicaciones, pero el simple hecho de que fueran posibles indica ciertas “heterogeneidad peligrosa” en el universo de las letras. De hecho, podría decirse que en los espacios frívolos del periodismo se produce una relativa suspensión del imperativo de instruir y de civilizar, y que esta suspensión permite el desarrollo de cierto esteticismo, de cierta sensualidad y lujuria formal, mucho antes de que corrientes como el decadentismo desembarquen en suelo americano. Los interiores y los materiales suntuosos del modernismo tienen antecedentes directos en este tipo de publicación literaria que abunda en la descripción de telas, plumas y perfumes<sup>8</sup>. En esos espacios se gesta una prosa fácil, *menor*, movida no por una pulsión de informar, ordenar o racionalizar sino por un deseo de distraer. Para quienes estaban familiarizados con estas publicaciones escritas al ritmo de las castañuelas aquel libro sobre nada, soñado por Gustave Flaubert, acaso no tuviera mucho de sorprendente.

Es sin duda cierto que periódicos como *La Mariposa* suelen ser simplemente catalogados como frívolos y, en ese sentido, cómplices silenciosos del *status quo*, mientras que el artepurismo de Flaubert o el esteticismo modernista han podido ser entendidos como un profundo rechazo del mundo burgués. Pero nótese que la crítica que estamos inclinados a hacer a estas publicaciones es la misma que en aquella época solía hacerse al arte y a la ficción —y en particular a las novelas. Se trata, en ambos casos, de objetos inmorales e inútiles. Sucede que si bien el artepurismo se esfuerza por excluir lectores (escapar del mercado) y el periodismo ligero se esfuerza por incluirlos (hacerse de un mercado), ambos tienen en común un cierto rechazo de la exigencia de moralidad y utilidad propia tanto de la burguesía europea como de las elites civilizatorias latinoamericanas. Esta escritura abandonada al placer o *complaciente*, propia de los periódicos ligeros, empezó por manifestarse en publicaciones de La Habana como *La Mariposa* (1838), en parte porque la censura vedaba en Cuba espacios discursivos más serios, y en parte porque la riqueza económica de la isla contribuyó a una abundancia de publicaciones periódicas. La seguirían, un poco más tarde, prensas como la chilena. Nada podía estar más lejos del tono ilustrado de la primera mitad del siglo que el modo en que *El Picaflor* se presenta en 1849 al público de Santiago: “¿De dónde viene? Dios lo sabe! Ha sido

quizá fecundado en el cáliz de alguna flor por un rayo del sol. ¿A dónde va? A donde lo conducen sus caprichos. ¿Vivirá? Ay! pobre pajarillo!... es tan débil!” (Nro. 1, 1-5-49, 1).

Si en la década de 1820 los redactores de *La Abeja Argentina* hacían derivar el valor de las bellas letras del hecho de que “un lenguaje más perfecto da mayor rapidez a la propagación de las luces” (Nro. 15, T. II, 15-7-23, 235), *El Picaflor* coquetea con la idea de entregarse totalmente al capricho. Como se lee en la sección “Novedades” (una variación de las “Variedades”), el título del periódico “no significa más que variedad, un verdadero repertorio de preciosidades literarias” (Nro. 1, 1-5-49, 7). Por supuesto, *El Picaflor*, que debe respetar la decencia si quiere ser admitido en la morada de sus “delicadas” lectoras, aclara que cada una de dichas preciosidades responderá al precepto horaciano de ser no sólo agradable sino también útil. Lo útil, sin embargo, tiene un valor claramente residual; es material subsumido a la función dominante, la de la variedad o “el capricho”. La variedad no era nueva en el periodismo latinoamericano; sí lo era, en cambio, el hecho de que fuera un fin en sí misma.

Sucede que, como señalé más arriba, la variedad podía ser una mera cuestión de *forma*. En cierta medida, la sección Variedades no estaba tan definida como otras por sus contenidos; o quizás habría que decir que nunca había sido tan cierto que la forma puede ser el contenido —en este caso, la variedad, el color, lo heterogéneo—. Por eso, si las Variedades contribuyen a la difícil tarea de renovarse en cada edición que pesa sobre el periódico, los inventos y descubrimientos que se anuncian en ella ilustran de modo paradigmático la fuerza que lo colorido (esto es, lo estético) tiene en esta renovación. Esos textos que en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (Buenos Aires, 1802-1807) o en *La Biblioteca Americana* (Londres, 1823) tenían por función iluminar el camino del progreso a sus lectores (artículos sobre la vacuna, el magnetismo, el barómetro, una nueva especie de papas, etc.), conservan en publicaciones algo más tardías todo su carácter novedoso y muy poco de su utilidad. La avalancha de inventos que la sección Variedades registra tal vez no diga mucho sobre su valor práctico, su viabilidad o incluso su mera existencia; es una huella clara, en cambio, del deseo de variedad que se había instalado en el público.

No es extraño, entonces, que esta tendencia a la variación propia del periódico –tendencia que la sección Variedades expresa con especial claridad, pero que de ningún modo monopoliza– fuese considerada por algunos como un peligro para la credibilidad de la prensa. En el *Archivo Americano* (1843-1851), por ejemplo, Pedro de Ángelis cuestiona ciertos artículos desfavorables al gobierno de Juan Manuel de Rosas publicados en Europa aludiendo precisamente a ese rasgo de la prensa, que obliga a una hiperactividad mediocriante. ¿Qué tiempo puede quedarle al periodista para analizar los hechos del Plata, se pregunta de Ángelis, si pesa sobre él la obligación de “señalar *cada veinticuatro horas* los progresos del espíritu humano en todos los ramos del saber”? (Nro. 5, 31-7-43, 65). Según de Ángelis, la superficialidad a la que obliga la escritura frenética del diario es incompatible con cualquier tipo de comprensión acabada o profunda de la situación política de Buenos Aires. Sin embargo, a medida que el diarismo fue consolidándose, y a medida que los acelerados ritmos de producción se internalizaron, la superficialidad propia de esa renovación cada veinticuatro horas empezó a ser aceptada con menos reparos<sup>9</sup>. La sección Variedades, menos presionada que el resto del periódico por la exigencia de utilidad, sirvió como zona de pruebas. Si el periódico exacerbaba la aceleración de la palabra posibilitada por la imprenta, la sección Variedades la lleva al paroxismo: la renovación cada veinticuatro horas del diario –o como en los primeros periódicos cada siete, tres o dos días– se reduce al máximo en esos pequeños textos que se dejan leer sin un parpadeo. Conformada generalmente por textos muy breves, la sección entregaba a los lectores una imagen sincrónica de la renovación periódica que definía a la prensa. Y esa renovación, como atestigua en Cuba *El kaleidoscopio*, podía quedar incluso reducida a simple variación. “Nuestro *Kaleidoscopio*” –afirman sus redactores – “será también un juguete de niños, pero de los niños en el saber” (T. I, Nro. 1, 23-1-59, 3). Que la sabiduría pudiera ser comparada con una sucesión aleatoria de imágenes es un indicio claro del prestigio que la variedad estaba adquiriendo.

Esto no sólo significa que la república de las letras mostraba una tolerancia creciente por los espejitos de colores, sino también que el “color” era identificado cada vez más con la renovación acelerada. En efecto, como parte de la milenaria tradición del *utile dulci*, no fue necesario esperar hasta la invención de los periódicos para que las bellas letras o la cultura popular se valieran del

“color” para llevar adelante proyectos que tenían también una dimensión moral o educativa. La modernidad, sin embargo, terminaría por hacer de la *variación* la manifestación privilegiada de lo *dulce* –tanto de sus atractivos como de sus peligros.

### La “revista-periódico”

¿Qué hacer con la heterogeneidad de un corpus? Quizás un buen punto de partida sea aceptar de manera crítica su carácter inclasificable, observando que la heterogeneidad no fue un producto del gran número de periódicos (cuantos más periódicos, más heterogeneidad) sino un principio constructivo fundamental en cada uno de ellos. Esto no sólo significa que esta heterogeneidad podía incluso darse cuando, en una región y un momento determinados, se publicaba durante años un único periódico de unas cuatro u ocho páginas, como era frecuente en las etapas iniciales de la prensa periódica, sino también que la variedad de materias, léxico, sintaxis y tonos eran a la vez una de las condiciones de posibilidad y uno de los objetivos del periódico. Si bien la prensa periódica tuvo como principal aliciente las guerras de independencia, las guerras civiles y otras luchas de poder menos sangrientas, y por lo tanto su rasgo más común fue la propaganda política, la mayoría de las publicaciones era también permeable a otro tipo de saberes y de intereses, ya fueran estos comerciales, científicos, literarios, etc. Muchos periódicos, de hecho, anunciaban esta mezcla en sus mismos títulos: *Mercurio de Chile. Periódico histórico-científico-económico-literario* (Santiago, 1822-23), *El Observador Habanero. Periódico político, científico y literario* (La Habana, 1820), *El Constitucional. Diario comercial y político* (Buenos Aires, 1827), entre decenas de combinaciones que podrían mencionarse.

En tanto que principio constructivo de los periódicos, la heterogeneidad se manifestó de manera más visible no sólo en la sección variedades sino también en ese tipo de publicación que se acostumbra denominar “revista”. Lo cual nos sitúa en la misma encrucijada en que se hallaba Boyd Carter, puesto que si existe algo llamado “revista” debería ser posible diferenciarlo de ese otro objeto llamado “periódico”. Dado que los críticos han solido trazar ciertas líneas divisorias, y para evitar confusiones, me veo obligado a explicitar una definición de ambos formatos –necesariamente parcial, como cualquier otra–, antes

de proponer hacerla a un lado. Podría decirse, por ejemplo, que el periódico de comienzos del siglo XIX solía ser simplemente una publicación de una o pocas más hojas sueltas que aparecía a intervalos regulares –diariamente (el “diario”), semana de por medio, los martes, jueves y sábados, etc.–, y que la revista era un periódico que por lo general no aparecía más de una vez por mes, se imprimía en formato menor y contaba con mayor número de páginas<sup>10</sup>. Puestos a definir (lo cual, en un conjunto heterogéneo, significa generalizar), podríamos también proponer que en la América hispánica el desarrollo sostenido de ese formato identificado como “revista” ocurrió a partir del segundo cuarto del siglo –con publicaciones como la *Revista Bimestre* en Cuba (1831-1834) o *El Mosaico Mexicano* (1836-37; 1840-42)–, y que sus redactores se esforzaban tanto por situarlas en ese universo claramente diferenciado de los *libros* que era la prensa periódica como de, dentro de ésta, distinguirlas del *diario* y de aquellas otras publicaciones que se ocupaban de las “cuestiones del día”. Como afirman en 1842 los editores de *El Museo de Ambas Américas*, una de las primeras revistas chilenas, los periódicos –como señalé antes, por lo general asociados al debate político– sólo “satisfacen las necesidades del momento” y se abandonan a “una polémica personal” (“Prospecto”, 1-4-42, 7). La revista, en cambio, se centra en novedades científicas, literarias o artísticas. Domingo F. Sarmiento, resumiendo estos dos aspectos, describe la revista como una “especie de eslabón intermediario entre el libro y el diario”, capaz de analizar problemas “con menos concisión que la que exige la foja diaria, sin perder sin embargo nada de la variedad de ésta y de su importancia de circunstancias, lugar y tiempo, que tanto atractivo ejercen sobre el ánimo del lector” (1948: 203). En oposición al libro, entonces, la revista es una publicación rápida; en oposición al diario, es “tranquila” y “duradera”.

Sin embargo, tal vez más productivo que organizar los archivos de acuerdo con estas definiciones sea observar que el concepto mismo de *revista* se utilizaba en la época para aludir no tanto a cierto formato de publicación diferenciado del diario o del libro como a cierta forma de representación de lo heterogéneo. De este modo, por ejemplo, muchos periódicos que nadie consideraría revistas contenían una “revista”, esto es, una sección o un artículo que examinaba o pasaba revista sobre diversas esferas de lo social. En La Habana, por ejemplo, el *Nuevo Regañón* (1830) incluye una “Revista de periódicos”, en la cual los critica uno por uno. De manera similar, otras publicaciones incluían

una “Revista de periódicos europeos” (*Archivo Americano*, Buenos Aires, 1844), una “Revista teatral” (*La Silfide*, Santiago, 1850), una “Revista literaria y artística” (*El Museo*, Santiago, 1853) o una “Revista de modas” (*Álbum Cubano de lo Bueno y de lo Bello*, La Habana, 1860). La revista, en todos estos sentidos, era a la vez una forma de destacar la variedad del mundo (variedad de periódicos, de obras teatrales, de vestimenta, etc.) y un intento por reducir esta variedad, en realidad inabarcable, a las líneas simples del “estar al día” (cuando un periodista sostiene que *no se puede no haber leído a Alejandro Dumas o a Eugenio Sué*, por ejemplo, está a la vez demostrando la capacidad de la moda para homogeneizar el mundo). Lo heterogéneo inerva de esta manera las publicaciones periódicas en un juego constante de expansión y contención, de delirio y rigor. El lector puede así recorrer las salas incongruentes del museo (*El Museo de Ambas Américas*, Valparaíso, 1842; *El Museo Popular*, México, 1840) confiado en la capacidad de sus redactores para curarlas, y caminar por entre los surtidos estantes del almacén (*El Almacén Universal*, México, 1840) con la certeza de que sus dueños han tenido buen criterio al elegir la mercadería. Y, dicho sea de paso, si la palabra *almacén* designa lo mismo que la inglesa *magazine* o la francesa *magasin* (a su vez derivadas del árabe *makhzan*, “depósito”), la palabra *museo* también sirve como metáfora espacial de esa práctica epistemológica que era el *pasar revista*.

Volvemos así a la “revista-periódico” de Boyd Carter, aunque ahora bajo una nueva luz. Porque, como la anomalía que, al repetirse, le sugiere al científico que tal vez sea hora de cambiar de paradigma, la frustración que la categoría “revista-periódico” expresa ante objetos que no se dejan regular por el esfuerzo clasificatorio tal vez pueda también entenderse como indicio de que es necesario analizar la prensa periódica desde una nueva perspectiva, una más atenta a las líneas de fuga generadas por la variedad –o, por qué no, por la “revista”. Desde esta perspectiva, la revista (ya sea que la entendamos como un tipo de publicación, como una sección dentro de un periódico o como la práctica de pasar revista) funciona como un caleidoscopio: un pequeño instrumento capaz de proporcionarnos combinaciones sorprendentes de manera casi infinita. De un uso mucho más cotidiano que el caleidoscopio, sin embargo, la revista –o, en todo lo que tenía de revista, el periódico– fue un agente transformador de la experiencia del público, al que entrenaba en una forma de lectura de lo heterogéneo. Como señalara Donald Lowe:

Newspapers had a different perceptual impact on the reader than the printed book. Unlike the linear development of a plot or an argument in the book, the concurrent reporting of news from different parts of the world made newspapers a mosaic of unrelated events. Newspapers contracted time to the instantaneous and the sensational, expanded space to include anything from everywhere (1982:38).

El carácter de “mosaico” del periódico tuvo sin duda un efecto sobre los modos de percepción del mundo de sus lectores. Sin embargo, es indudable que existían también expectativas y formas de lectura que, previas o independientes de la prensa periódica, hicieron posible el desarrollo de ésta. Desde este punto de vista, los periódicos no sólo contribuyen a un tipo de experiencia marcada por el deseo de variedad, sino que también responden a ella. Existen numerosos registros de esta experiencia y este deseo, y quizás convenga aquí poner de relieve aquellos producidos por sus observadores más atentos, los periodistas, cuya existencia misma dependía de entenderlos. Los periodistas, en efecto, se declaraban una y otra vez al tanto del horror que causaba en el público la monotonía, dado que sus promesas por distanciarse de ésta eran a la vez pedidos de suscripciones. El redactor del *Recreo Literario* de La Habana, por ejemplo, admite haber cargado de “demasiada doctrina” su publicación anterior, y supone: “desearán mis lectores no tener que fatigar tanto su entendimiento en la segunda, y recibirla más bien como objeto de deleite que de seria meditación (1837, t. I, p. 6). Del mismo modo, apenas un año antes *El Recopilador* de Buenos Aires comenta las dificultades que implica tener que agradar tanto a la señorita deseosa de modas como al sabio o al que apenas sabe leer, y advierte:

Lo primero que tiene en vista el *Recopilador* es la variedad, el contraste en los artículos de sus columnas; sin esta condición, difícil o imposible es ser leído, en los tiempos presentes; tiempos en que la inteligencia es ambiciosa de saber, pero perezosa; en que la erudición no se busca ya en las fuentes, sino en los compiladores que ponen las ciencias al alcance de todo el mundo [...] Sea lo que fuere, sin la variedad en los asuntos los suscriptores de un periódico de la especie del *Recopilador* bostezarían, y lo que es peor borrarían sus nombres de la lista de suscripción (Nro. 16, 1836, s/f, 122).

Los periodistas, con frecuencia creciente, consideran que esa inteligencia “ambiciosa de saber, pero perezosa” constituye un rasgo distintivo de su época. Como hemos visto, si las publicaciones de corte iluminista habían enfatizado desde un principio el carácter útil de los textos consignados en sus páginas, periódicos como *El Recopilador* empiezan a considerar que es la curiosidad y el deseo de distraerse lo que mueve a los lectores, y que la única manera de mantener a éstos contentos es a través de una constante variación de los asuntos<sup>11</sup>.

Ya en las últimas décadas del siglo XVIII docenas de periódicos del imperio español habían emprendido la misión iluminista de difundir una variedad de saberes entre un público aletargado por la falta de lectura, buscando a la vez fomentar un deseo de instrucción y garantizar la variedad de materiales necesaria para satisfacerlo, pero en aquel contexto resulta difícil encontrar quejas contra esa *ambición perezosa* a la que habría de referirse en 1836 *El Recopilador*. Por el contrario, la preocupación fundamental de los periódicos iluministas parecía ser la indiferencia, el letargo. Y, paradójicamente, al constituirse en intermediario entre el universo del saber y el público, el periodista produce *pereza*: la población empieza a leer y a ser “ambiciosa de saber”, pero prefiere la prosa simplificada, colorida y corta de los periódicos. Desde el alto mirador ilustrado, empieza así a adquirir forma una duda irresoluble, duda que por otra parte parece ser ubicua en la historia de los medios: ¿el fin los justifica? Dicho de otro modo, ¿conviene recurrir a formas simplificadas, rápidas y coloridas para iniciar al pueblo en la lectura, con la esperanza de que la práctica lectora lo haga luego buscar materiales progresivamente más complejos? ¿O existe el peligro de que, con la excusa de que toda lectura es buena, los periódicos se transformen en simples instrumentos para complacer los deseos más frívolos y sensuales —o, peor aún, que los generen—? La variedad estuvo por supuesto en el centro de este dilema, en la medida en que el “color” que proporcionaba era un componente cada vez más más central en la prensa periódica.

Las mismas revistas, sin embargo, presentan los elementos necesarios para determinar que la pereza no era simplemente un efecto secundario del consumo irresponsable del “color”. En este sentido, conviene moderar el tecnodeterminismo hacia el que podemos sentirnos tentados ante observaciones como la de Lowe; como señalé recién, así como es necesario atribuir al periódico un efecto sobre sus lectores, no menos necesario es observar cuáles fueron las condiciones históricas que hicieron posible su desarrollo. Conviene recordar,

por ejemplo, que la variedad no sólo era sinónimo de “color” y de la escasa paciencia de los lectores, sino también de la amplitud de ese Libro del Saber que los escritores de la Ilustración se habían esforzado por difundir durante décadas –al que aludían de modo tácito o explícito los redactores de periódicos cuando se referían a la variedad de “intereses” del público lector. Y a esa amplitud percibida en la época como creciente hay que sumarle un problema adicional: el hecho de que, como todos los aspectos de la cultura en la modernidad, la sabiduría contenida en este libro parecía renovarse de manera cada vez más acelerada. La “pereza” tal vez era entonces una forma moderna de prudencia, basada en la constatación de que este libro tiene demasiadas páginas y que, para colmo, se reescriben constantemente. Toda revista se fundamentaba, de hecho, en este presupuesto. Como señalaban los redactores de la *Revista Bimestre*: “Piensan sus autores para nosotros: coligen y abrevian para nuestro ahorro de tiempo”. Imposible hacer otra cosa en una época en la que no hay tiempo “para leer con detención” ni para “profundizar las voluminosas obras” (Tomo 1. Nro. 1-1831, 3-4).

La revista, o ese principio constructivo del periódico que era la representación de lo heterogéneo, pueden ser por lo tanto concebidos como una respuesta a la heterogeneidad y la renovación creciente de la esfera literaria. En otras palabras, la revista sólo surge cuando la heterogeneidad y la renovación en las esferas del conocimiento empiezan a ser percibidas como condiciones materiales de la cultura, cuando la *episteme* empieza a fundamentarse menos en los pilares de las Grandes Obras y más en un tipo de lectura rápida y variada de un conjunto cada vez más amplio de textos. Pero la revista no sólo satisface la gran misión cultural de mantener al público en contacto con aquel Libro del Saber: también satisface la curiosidad de los lectores, una curiosidad que, como hemos visto, dependía cada vez más de lo variado. Es justamente debido a esto que esa gran misión podía tocarse con las experiencias de lectura más frívolas: tanto las manifestaciones más serias de la variedad (el estar al tanto de los últimos descubrimientos científicos anunciados en Europa, por ejemplo) como sus manifestaciones más frívolas (las ensaladas de moda en Londres) apuntaban a un nuevo tipo de experiencia de aprehensión de lo heterogéneo.

### *Identidad y variación*

La heterogeneidad planteada por estos caleidoscopios, mosaicos, almacenes, museos o revistas admite diferentes aproximaciones. Un camino posible es el ensayado por Benedict Anderson, para quien la yuxtaposición de lo heterogéneo en las páginas de la prensa periódica sólo se sostiene en la medida en que todos los elementos que la componen pertenecen a un presente –el presente del día de la publicación–, y en la medida en que el lector individual “*is well aware that the ceremony he performs is being replicated simultaneously by thousands (or millions) of others*” (1991:35). Desde su perspectiva, la lectura de periódicos permite a los habitantes de un territorio producir de manera cotidiana su pertenencia a una misma nación; si bien informa sobre una variedad de materias –los buques recién llegados al puerto, los casamientos, los cambios en la administración política, etc.–, el periódico enfatiza al mismo tiempo lo que todas parecen tener en común: se trata de materias de interés para un *nosotros* específico (35 y 62). La heterogeneidad del periódico puede así reducirse a una identidad –la identidad nacional.

Lo que Anderson no señala, sin embargo, es que el consumo de periódicos podía también contradecir de modo ostensible la búsqueda de una identidad nacional –por ejemplo, fortaleciendo el sentimiento de las elites de formar parte de una universal “república de las letras”–, o que su lectura bien podía estar movida por un *deseo de variedad* situado en las antípodas de una búsqueda de *identidad*. Sucede que, en realidad, los críticos pueden usar el periódico para lo que más les convenga, como con todo derecho hicieran también en el siglo XIX sus primeros lectores. De esta manera, para algunos investigadores la lectura de periódicos implicaba algo prácticamente inverso a lo sugerido por Anderson. Según la crítica del romanticismo británico, Kevis Goodman, por ejemplo, el periódico servía más bien como mirador, como un “*globally telescopic eye*” a través del cual el habitante de una ciudad determinada podía observar el espectáculo de todas aquellas regiones del globo afectadas por la expansión imperialista (2004:69). La misma Goodman articula, de hecho, una réplica a Anderson, señalando que tanto su esfuerzo por definir modos de construcción imaginaria de la nación como su uso del concepto benjaminiano de tiempo vacío y homogéneo le impiden explorar en su justa medida la heterogeneidad de ese presente a la vez abordado y construido por los periódicos<sup>12</sup>.

No se trata, por supuesto, de descubrir cuál de estos críticos tiene razón, sino de diferenciar intereses. En el caso de los estudios latinoamericanos, por ejemplo, el paradigma de la identidad propuesto por Anderson encontró una enorme resonancia; después de todo, los mismos escritores del siglo XIX no se cansaban nunca de repetir la importancia de crear una literatura nacional y de darle un carácter "local" a sus textos. Este paradigma dio nuevo vigor a los estudios que entienden la prensa periódica como instrumento en la construcción de identidades, estados nacionales o esferas públicas. Y sin negar la importancia de las identidades, los estados y las esferas públicas, es evidente que en el momento en que se concibe al periódico en función de éstas, todas aquellas otras zonas –como, por ejemplo, la sección Variedades– que no responden a dicha función quedan oscurecidas. Podría argumentarse, es cierto, que es poco lo que así se pierde, ya que estas otras zonas eran parte de la dimensión más frívola del periódico. Sin embargo, negaríamos así el problema en el momento mismo de identificarlo. Porque, en efecto, la frivolidad representa sin duda un problema: para los más severos, el de que la ciudad letrada perdiera el tiempo en lecturas triviales, o en una forma de lectura movida por el simple deseo de variedad; para los más críticos, el de que la variedad y lo frívolo ganasen espacio y legitimidad en la esfera literaria al mismo tiempo que desde ésta se postulaba la capacidad de la Letra para regimentar la vida pública y consolidar la nación. Tal vez valga la pena preguntar, entonces, qué es lo que el creciente deseo de variedad y la proliferación de caleidoscopios del saber puede decirnos acerca de las transformaciones de la esfera literaria que ocurrieron durante el período.

#### Notas

- <sup>1</sup> Para dos análisis recientes de estos conceptos, ver Achugar (1996) y Sobrevilla (2001).
- <sup>2</sup> Véanse por ejemplo los estudios compilados por Paula Alonso en el volumen *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Como la misma Alonso señala, dichos estudios forman parte de "la nueva historia de la prensa", dado que se esfuerzan "por encontrar el significado de estos escritos en su entorno, no como antecedentes de algo que luego será muy distinto, sino como componentes clave de una situación dada" (2004: 9). Sin embargo, la importancia de cada "situación" es por lo general definida en relación con los procesos de formación nacional, como el mismo título

del libro sugiere. En la misma línea, véase también el volumen editado por Iván Jaksíc, *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America* (2002).

- <sup>3</sup> Sobre este punto, ver el trabajo de Hernán Pas que abre este dossier.
- <sup>4</sup> Para el contexto peruano, Velázquez Castro observa con entusiasmo: “La república de papel instauro el reino de la multiplicidad, la batalla diaria de los signos, la aceleración del tiempo [...] Perspectivas y opiniones divergentes, antagónicas, coplementarias [...] que provocaron, fundamentalmente, la desacralización de la autoridad de la palabra escrita y la democratización social de la experiencia de la lectura” (2009: 22).
- <sup>5</sup> Para un análisis de las variedades en la prensa de la segunda mitad del siglo XIX, ver Laera (2004: 80-83) y Román (2003: 464-5). También puede consultarse el análisis de Roland Barthes del *fait divers* (Barthes: 1964).
- <sup>6</sup> Al señalar la expansión periodística que ocurre entre 1730 y 1760 en Inglaterra, Raymond Williams destaca la importancia de “*a range of publications serving everyone from those who want a first-hand acquaintance with facts, literature, and opinion, to those who want these in summary and convenient form as a means of rapid cultural acquisition*” (2001: 204-205). En América Latina algo similar empieza a suceder durante la primera mitad del siglo XIX. En 1836, por ejemplo, la *Biblioteca Selecta de Amena Instrucción* de La Habana afirma dirigirse a “Los sabios y los ignorantes, los viejos y los jóvenes, tanto el sexo fuerte como el débil” (T. I, Junio de 1836, 9).
- <sup>7</sup> Cabe recordar que algunos periódicos habían empezado a ofrecer ilustraciones unos pocos años antes. Este fue el caso, por ejemplo, de *El Mosaico Mexicano* (1836-37; 1840-42) y de *El Recopilador* de Buenos Aires (1836). Sobre estas publicaciones, ver Mathes (1984: 19) y Pas (2008: 39).
- <sup>8</sup> En la sección sobre modas de *El Iris*, editado en México por José María Heredia, puede por ejemplo leerse: “Yo me hallo transformado en un peti-metre y sentado en una poltrona frente a un tocador [...] Las mesas que alternan con las sillas a mi rededor, son de una madera preciosa, trabajadas con el mayor buen gusto, y sostienen vasos de la China llenos de flores que despiden efluvios de la más grata fragancia. Las paredes están cubiertas de terciopelo color de púrpura, contornados con galón de oro. El piso está alfombrado con un tapiz de casimir de Persia” (T. II, Nro. 25, 15-7-26, 177). Sobre el uso que el modernismo hace de este tipo de materiales, ver Rotker (2005: 76).
- <sup>9</sup> Esta superficialidad tenía, evidentemente, un correlato directo en las formas de lectura. La historiadora mexicana Rosalba Cruz Soto observa así que “el periódico y los papeles iniciaban una forma diferente y nueva de leer, respecto del libro. El lector del diario se enfrentaba a textos breves, con distinto tema entre sí [...] El resultado era una lectura más superficial” (2000: 436). Por lo demás, son muchos los estu-

dios que han abordado las reacciones que el carácter de “mosaico” y la superficialidad del periódico causaron en el público. En su estudio de la prensa británica del siglo XVIII, por ejemplo, Kevis Goodman recoge las dos siguientes: “*a chaos of confused matter promiscuously jumbled together*” (2004: 74) y “*the abrupt transitions from article to article, without the smallest connection between one paragraph and another, overload and confuse the memory*” (2004: 74-5). Ver también Kate Campbell, quien al estudiar la prensa victoriana indica: “*journalism was widely viewed in this negative light –as a destructive form ending depth, assaulting reason and integrity, affronting coherence and connection.*” (2000:41).

- <sup>10</sup> Entre los críticos que han querido establecer la especificidad de la revista, puede mencionarse por ejemplo a Ossandón (1998:123), Cavalaro (1996: 7-8) y Auza (1999: 20).
- <sup>11</sup> La condena moral de la curiosidad tenía sin embargo una larga historia. Como observa David Arbesú Fernández: “La *curiositas* se definió en la escolástica medieval en las escrituras de San Anselmo, San Bernardo de Claraval, San Agustín, Santo Tomás y San Buenaventura, quienes, al asociarla con un pecado capital, la despojaron de cualquier connotación positiva y establecieron el sistema de valores por el que se la juzgó desde entonces. Santo Tomás distingue entre *studiositas* y *curiositas*, siendo la primera el interés legítimo en aprender algo, y la segunda el desordenado. Para San Bernardo la *curiositas* era un pecado del cuerpo junto con la *voluptas*, *crudelitas* y *loquacitas*” (2006:26).
- <sup>12</sup> *Beyond Imagined Communities*, editado por Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen, contiene una serie de críticas adicionales a la obra de Benedict Anderson articuladas desde el latinoamericanismo.

### Bibliografía

- Achugar, Hugo (1996) “Repensando la heterogeneidad latinoamericana (a propósito de lugares, paisajes y territorios)”. *Revista Iberoamericana* LXII: 176-177:848-861.
- Alonso, Paula (Comp.) (2004) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: FCE.
- Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London and New York: Verso.
- Arbesú Fernández, David (2006) “Auctoritas y experiencia en ‘El curioso impertinente’”. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 25:1:23-43.
- Auza, Néstor Tomás (1999) *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*. Buenos Aires: Editorial Confluencia.

- Barthes, Roland (1964) "La structure du fait divers" en Barthes, Roland. *Essais critiques*. Paris: Seuil.
- Borges, Jorge Luis (1974) *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Campbell, Kate (2000) "Journalistic Discourses and Constructions of Modern Knowledge" en Brake, Laurel Bill Bell, y David Finkelstein (eds.) *Nineteenth-Century Media and the Construction of Identities*. New York: Palgrave.
- Carter, Boyd G. (1959) *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve historia y contenido*. México: Ediciones de Andrea.
- Castro-Klarén, Sara, and John Charles Chasteen (eds.) (2003) *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Cavalaro, Diana (1996) *Revistas argentinas del siglo XIX*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Conway, Christopher (2006) "Letras combatientes: género epistolar y modernidad en la Gaceta de Caracas, 1808-1822". *Revista Iberoamericana* LXXII: 214: 77-91.
- Cruz Soto, Rosalba (2000) "El periódico, un documento historiográfico" en Del Palacio Montiel, Celia (ed.) *Historia de la prensa en Iberoamérica*. Guadalajara: Altexto, pp. 421-440.
- Franco, Jean (1983) "La heterogeneidad peligrosa: escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana" *Hispanérica*. Revista de literatura 12: 34-35: 3-34.
- Goodman, Kevis (2004) *Georgic Modernity and British Romanticism. Poetry and the Meditation of History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jaksíc, Iván (comp.) (2002) *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*. London: Institute of Latin American Studies, University of London.
- Laera, Alejandra (2004) *El tiempo vacío de la ficción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lowe, Donald (1982) *History of Bourgeois Perception*. Chicago: University of Chicago Press.
- Llaverías, Joaquín (1959) *Contribución a la historia de la prensa periódica*. Vol. II. La Habana: Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba.
- Mathes, W. Michael (1984) *Mexico on Stone: Lithography in Mexico, 1826-1900*. San Francisco: Book Club of California.
- Ossandon B., Carlos (1998) *El crepúsculo de los "sabios" y la irrupción de los publicistas. Prensa y espacio público en Chile (siglo XIX)*. Santiago de Chile: Universidad Arcis.
- Pas, Hernán (2008) *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)*. Buenos Aires: Ediciones Katatay.

Víctor Goldgel. Caleidoscopios del saber..  
Estudios 18:36 (julio-diciembre 2010): 272-295

- Poblete, Juan (2003) *Literatura Chilena del siglo XIX. Entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Cuarto Propio.
- Román, Claudia (2003) "La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)" en Schwartzman, Julio y Noé Jitrik (eds.) *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 2. (La lucha de los lenguajes). Buenos Aires: Emecé, pp. 439-467.
- Rotker, Susana (2005) *La invención de la crónica*. México: FCE.
- Sarmiento, Domingo F. (1948) *Obras completas*. Vol. I. Artículos críticos y literarios, 1841-1842. Buenos Aires: Editorial Luz del Día.
- Sobrevilla, David (2001) "Transculturación y heterogeneidad. Avatares de dos categorías literarias en América Latina". *Revista de crítica literaria latinoamericana*. XXVII: 54: 21-33.
- Spell, Jefferson Rea (1937) "Mexican literary periodicals of the nineteenth century". *PMLA* LII: 272-312.
- Velázquez Castro, Marcel (comp.) (2009) *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial Universidad de Ciencias y Humanidades.
- Williams, Raymond (2001) *The Long Revolution*. Peterborough, Ontario: Broadview Press.